

## D. 12 del tiempo ordinario / B

Retomamos en este domingo, de alguna manera, el tiempo ordinario. Realmente comenzó hace dos semanas, pero dado que gran parte de los fieles no participan de la misa diaria no perciben su inicio hasta ahora, pues los domingos anteriores celebramos las fiestas de la Santísima Trinidad y del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo. Debemos tener presente este aspecto en la monición de entrada y quizá decir algo al respecto en la homilía resaltando el tiempo ordinario que muchas veces queda marginado.

Al retomar la lectura continua del evangelio de Marcos, comienza la narración de algunos milagros de Jesús, que se prolongará al próximo domingo: la tempestad calmada, la curación de la mujer con flujos de sangre y la resurrección de la hija de Jairo. Jesús anuncia el reino, *lo nuevo que ha empezado*, no sólo con palabras sino también con obras.

**\* LO ANTIGUO HA PASADO, LO NUEVO HA EMPEZADO**

San Pablo, en la segunda lectura, nos recuerda que con Cristo ha empezado una nueva realidad. Hace un par de meses que celebrábamos el acontecimiento central de la historia de la salvación: la pasión y resurrección de Jesucristo. Y en este domingo vuelve a resonar la esencia de la Pascua: *Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos*. A esta comunidad que vive injertada en Cristo entramos a formar parte por el bautismo. Gracias a este sacramento somos *criaturas nuevas*.

Y lo específico de esta nueva existencia inaugurada por Cristo es el amor: *Nos apremia el amor de Cristo* dirá san Pablo en el texto de la segunda carta a los Corintios que leemos hoy. La eucología también se expresa en esa misma dirección: la oración colecta nos recordará que hemos sido establecidos *en el sólido fundamento de tu amor* y en la oración sobre las ofrendas pediremos que *te agrademos con la ofrenda de nuestro amor*. Como colofón podríamos escoger el prefacio VI dominical que abunda en todas estas ideas: estamos injertados en Cristo por el bautismo (*en ti vivimos, nos movemos y existimos*), Cristo nos manifiesta su amor (*experimentamos las pruebas cotidianas de tu amor*), la vida nueva regida por el amor que Cristo inauguró con su resurrección late en nuestros corazones (*tenemos las primicias del Espíritu por el que resucitaste a Jesús de entre los muertos*).

## \* JESÚS ES DIOS

Lo específico de nuestra fe es, en primer lugar, que Jesús, además de ser un hombre excepcional, que vivió las virtudes humanas de modo máximo instaurando una nueva civilización, es, por encima de todo, el Hijo de Dios. Mucha gente admira a Jesús por su faceta humana pero deja de lado su divinidad. En el evangelio que hoy se nos proclama aparece en primer plano el poder divino de Jesús que domina las fuerzas cósmicas: Jesús y los discípulos se encuentran en medio del lago de Galilea en una barca; se desata una tempestad y los apóstoles recurren a Jesús quien increpa al mar y al viento y ambos detienen su furia, manifestando su omnipotencia divina. Los discípulos sorprendidos toman conciencia de que realmente Jesús es Hijo de Dios: *¿Pero quién es éste? ¡Hasta el viento y las aguas le obedecen!* Ya que solamente quien creó el mar, las nubes, la niebla... puede someterlos a su poder. Así se lo dice Dios a Job en el fragmento que leemos en la primera lectura: *¿Quién cerró el mar con una puerta ... cuando le impuse un límite con puertas y cerrojos?* Y también en el salmo responsorial resuena esta idea: *gritaron al Señor ... y los arrancó de la tribulación; apaciguó la tormenta en suave brisa, y enmudecieron las olas del mar.*

## \* JESÚS NOS SALVA

Que Jesús sea Dios manifiesta el segundo rasgo característico de nuestra fe: nos ofrece la salvación. Dios no es un ser todopoderoso, lejano, que habita en el cielo encerrado en sí mismo y no se preocupa de sus creaturas. Al contrario: Dios se ha hecho uno como nosotros, cercano y atento a sus hijos, para hacernos partícipes de la vida divina. Esa salvación el evangelio de hoy nos la concreta en que Jesús apacigua nuestros miedos y calma las tempestades de nuestra vida, como liberó a sus discípulos del miedo que los aterraba ante la tormenta del lago. Un requisito es necesario: la fe; creer que Jesús es el Hijo de Dios que ha venido a liberarnos del poder del mal.

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI